

LA LECCIÓN DE LA CRUZ (Febrero 1994)

Queridos hermanos:

Estoy realizando, en estrecha colaboración con los obispos auxiliares, la visita pastoral a nuestra Arquidiócesis de La Habana. En el recorrido del Pastor y su encuentro con la gente, le sale al paso el sufrimiento extremo de nuestro pueblo.

Se trata de un dolor múltiple, habitual, que se refleja en las miradas y aflora en las palabras de hombres y mujeres de toda edad. Dificultades acumuladas con la alimentación, los medicamentos, el transporte, las faltas a veces demasiado prolongadas de electricidad y la carencia de medios para cocinar los alimentos, configuran, entre otras cosas, esa angustia ambiental, más acentuada en los ancianos y en los enfermos crónicos y sus familiares más inmediatos.

La ausencia de plazos previsibles para el alivio de estos males desafía cualquier esperanza y genera también variados análisis de la situación, sin que dejen de aparecer aquellas consideraciones que tienen que ver con la economía, la organización social y la política.

Pero el Pastor no es ni un economista ni un político, y esto lo sabe bien el pueblo. Por eso, en su encuentro con el obispo, de un modo u otro y sin que medien muchas palabras, la gente se refiere inmediatamente a Dios. También lo hacen porque saben que el obispo, al igual que el sacerdote, se acerca a ellos en nombre del Señor.

Entonces nos dicen: Padre, ¿nos está escuchando Dios? Padre, pídale a Dios por todas estas cosas. Y es frecuente que vuelva a oírse aquella expresión que tiene de pregunta y de queja, cuya respuesta parece ser un silencio reverente; la que muchos seres humanos han sentido quemarles los labios, la misma que Jesús, en nombre de la humanidad sufriente, hizo suya en lo alto de la cruz: «*Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*».

Fluye en esos momentos, de modo significativo por su frecuencia y seriedad, una reflexión, popular si se quiere, pero ciertamente inspirada en la fe. ¿Qué hemos hecho nosotros para sufrir tantas cosas? Y casi siempre los mismos que se preguntan responden espontáneamente, como pensando en voz alta: «Quitamos los cuadros de Jesucristo, escondimos el crucifijo que llevábamos al cuello, apartamos a nuestros hijos de la fe y ahora ellos mismos nos lo echan en cara. Nos olvidamos de Dios y ahora Él se olvida de nosotros». Oí decir a un hombre de mediana edad: «Me peleé con mi hermano que se fue de Cuba y ahora tengo que bajar la cabeza y pedirle dinero».

Hay, sin duda, apreciaciones no justas en esas reflexiones que parecen olvidar la misericordia de un Dios que se nos revela con toda su ternura en la Sagrada Biblia: «*Mis pensamientos son pensamientos de paz y no de aflicción*» (Jr 29, 11). «*¿Puede olvidarse una madre del hijo de sus entrañas?; pues aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré...*» (Is 49, 15). Aun si hubiéramos cometido pecado olvidándonos de Dios, volviéndole las espaldas, la voz del mismo Dios, en su Palabra revelada, nos asegura que siempre habrá perdón para quienes se arrepientan: «*Yo no quiero la muerte del pecador –dice el Señor–, sino que cambie de vida y viva*» (Ez 18, 23).

Pero, aun teniendo todo esto hoy por cierto, hay intuiciones válidas implícitas en ese modo de discurrir de nuestro pueblo que está impregnado de sabiduría. Porque el problema cubano no es solo una cuestión de dinero, ni se circunscribe únicamente a lo político. Hay algo en nuestra situación que trasciende mecanismos económicos y actuaciones políticas; entre nosotros está en juego nuestra postura como pueblo ante la VIDA, y digo bien la vida y no la historia. Porque al decir vida entramos de lleno en el tejido complejo de lo humano, donde se fraguan y conservan los valores, donde nacen y se enraízan los querer. Encarar la vida es preguntarnos también por su significado, por su origen, por nuestra relación con quienes comparten a nuestro lado la aventura de vivir y así, al descampado, aceptar o rechazar nuestra responsabilidad como hombres y mujeres.

Y ¿qué hemos hecho nosotros con la vida? Fíjense que la pregunta no es: ¿qué hemos hechos nosotros en la historia? Porque la historia es ese gran escenario en el que aprendemos a actuar. Allí somos profesionales o técnicos, cantantes, militares, gobernantes o escritores; campesinos o profesores. En la historia, algunos tienen un rol destacado y otros forman parte de la gran mayoría anónima.

Pero en la vida somos padre, madre, hijo, hermano, novio o novia, amigo o enemigo, así sin adjetivos; o somos, con adjetivos, la pobre madre que perdió a su hijo trágicamente, o el padre enfermo a quien nadie visita, o la buena hermana que se fue de Cuba y no recibe nunca carta de su hermano o el amigo de antes que, por razones ideológicas y políticas, dejó de tratarnos.

¡Cuánto hemos hablado de la historia, de sus hazañas, de sus héroes y sus traidores! ¡Cuán poco hablamos de la vida, de sus dolores, de los reclamos más sentidos del corazón humano, siempre necesitado de compasión, siempre en búsqueda de esperanza!

Al repasar nuestra vida descubrimos lo que echamos por la borda, lo que no supimos guardar celosamente y ¡cuánto se nos endureció el corazón aprendiendo a actuar en el gran escenario de la historia... que no es la vida! ¡Qué claras parecen entonces las palabras de Jesús!: «*¿De qué le vale a alguien ganar el mundo entero, si malogra su vida?*» (Lc 9, 25).

Es así como aquella especie de examen de conciencia colectivo que he escuchado más de una vez de los labios del pueblo puede desembocar en sentimientos de frustración y de culpa. De ahí que tantos hermanos nuestros se vuelvan hacia el autor de la vida, buscando en Dios el sentido de sus existencias o la posibilidad de rehacerlas y de hallar perdón y misericordia, porque, aun entre sombras, muchos intuyen que esta necesidad de vida en plenitud solo puede colmarla aquel que nos dijo: «*Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*», Jesucristo Nuestro Señor. Dios nos ha llevado, a través de los apremios de nuestra historia reciente a experimentar no solo carencias materiales, sino insuficiencias vitales. Si «*no solo de pan vive el hombre*», no es solo pan lo que le falta al hombre en Cuba hoy.

En el tiempo de Cuaresma que está comenzando, subimos con Cristo hasta la cima del Calvario y allí aprendemos, al pie de la cruz, mirándolo a Él, la lección perenne del sufrimiento: lo que puede el amor, donde se halla la verdad, el precio que hay que pagar por ser fieles a lo esencial.

Es esto y no castigo, es esto y no olvido, la lección del dolor, la lección de la Cruz.

¿Por qué no hacemos en esta Cuaresma el intento de aprenderla?

Con mi bendición.